

meter á pruebas decisivas, y también la facultad que primero flaquea.

6 de Noviembre de 1855.—Vuelvo á mi Diario después de una interrupción de ocho meses. Mi obra está casi impresa. Supongo que aparecerá antes de mediados de Diciembre. De seguro me hará rico con arreglo á mi medida de la riqueza. Del éxito estoy menos cierto; pero tengo buenas esperanzas. Pienso llevar mi Diario con tanta regularidad como hace siete años, cuando vió la luz la primera parte. Hoy fui á ver al pobre Hallam. ¡Qué cambiado! Por la noche pruebas del capítulo xx.

Durante la siguiente quincena las anotaciones del Diario se refieren casi exclusivamente á las pruebas de imprenta, que por lo general le ocupaban la mañana y la tarde, y á los libros que hojeaba para distraerse desde que la aparición de la lámpara le daba la señal de dejar su mesa y acercar su sillón al fuego. El 13 de Noviembre para dar un ejemplo leyó la *Vida y Obras póstumas* de Welsted; broza en su mayoría. A la comida el *Matrimonio de amor*. Por la noche *La Correspondencia* de Jesse Selwyn, el *Deísmo revelado* de Skelton y una gran parte del estúpido escepticismo de Bolingbroke.

En fin, el 21 de Noviembre escribe: «Revisé y mandé las últimas veinte páginas. La obra está concluida, gracias á Dios; y ahora á esperar el resultado. En general creo que no puede ser muy desfavorable. A la comida acabé con Melpómene». Ahora, como en 1848, lo primero que hizo Macaulay al terminar una parte de su historia fué ponerse á leer á Herodoto.

23 de Noviembre.—Ha venido Longman. Todos los 25.000 ejemplares están pedidos. El día designado es el lunes, 27 de Diciembre; pero en la noche del sá-

bado anterior han de tener sus ejemplares los librereros, que toman más de un millar. El fondo que se encuentra en la encuadernación está asegurado por 10.000 libras. El peso total es 56 toneladas. Parece que jamás se ha publicado tal edición de una obra del mismo tamaño. Deseo ardientemente que ni la edad ni la riqueza menguen mis ánimos.

27 de Noviembre.—Acabé el *Felipe II* de Prescott. Lo que más me llama en él la atención es que, á pesar de haber tenido nuevos materiales y de contarnos bien su historia, no presenta nada á una luz muy diferente de aquella á que yo lo había visto antes; y nunca he estudiado profundamente esa parte de la historia. Hoy me mandó Longman el primer ejemplar de mi libro. Ayer le envié la lista de los ejemplares de regalo.

28 de Noviembre.—Estuve hojeando mi libro la mayor parte del día, á veces animado y á veces desanimado. En resumen; creo que ha de tener éxito. La única competencia que tiene que temer, hasta donde á mí se me alcanza, es la de los dos primeros tomos. Seguramente no hay ninguna otra historia del reinado de Guillermo de tanta confianza que se lea tan bien.

29 de Noviembre.—Otra vez recluso en mi cuarto todo el día, y otra vez hojeando el libro. Deseo que pase el mes próximo. Estoy más intranquilo que cuando publiqué la primera parte, porque entonces no tenía que satisfacer grandes esperanzas, y ahora el público espera tanto que difícilmente le contentaría el libro VII de Tucídides. En cambio, la esterilidad general, el misero estado de enervación de la literatura milita por completo en mi favor. Veremos. Es raro que me preocupe tan poco del dinero, á pesar de que sube á tanto como el que gané desterrándome á la In-

día durante cuatro años y medio, de los mejores de mi existencia.

4 de Diciembre.—Otro día desapacible pasado en mis habitaciones. No me canso nunca de leer. Leí algo de las *Conversaciones* de Swift y el *John Bull* de Arbuthnot. Nunca se había uno de leer estas obras excelentes.

6 de Diciembre.—Despejado, pero frío. Me estuve en casa todo el día, y leí diez cantos del *Morgante Maggiore*. Un editor yanqui me envía con la mayor serenidad un enorme folio á dos columnas de menuda impresión: un Diccionario de Autores, y me pide que le diga mi juicio sobre él—se supone, para imprimirle como reclamo.—Ya ha hecho ese uso de las opiniones de Everett, Washington-Irving y otros. Se le devolví con cuatro letras, diciéndole que yo no podía formar opinión de tal obra á una ojeada, y que no tenía tiempo para examinarla detenidamente. Aborrezco esas mañanas. A propósito de reclamos, veo que Roberto Montgomery se ha unido con Bavius y Blackmore. ¡Cómo me aburrieron con sus gritos de conmiseración y sus amenazas de venganza!

9 de Diciembre.—Más frío y más obscuro que nunca. Me quedé en casa, y gocé de mi libertad, aunque preso en mi cuarto. Mucho mejor impresionado con mi obra. Leí con gran deleite buena parte de Focio. Lo que dice de Isócrates me induce á repasar á Isócrates. No le he leído desde que estaba en la India. Recorrí varios discursos. Nunca fué favorito mío, y no encuentro razones para cambiar de opinión. He descubierto un error grave en mi *Historia*. Me maravillaría si nadie más lo descubriese.

Los ejemplares de regalo fueron entregados el 15 de Diciembre. El domingo que, como de costumbre, no

salía Macaulay, recibió la visita de sir Enrique Holland. Muy amable. Había leído el primer capítulo, y vino á cumplimentarme, cosa tanto más grata para mí, cuanto que mis principales recelos se refieren á ese capítulo.

Lunes 17 de Diciembre.—Un artículo sobre mi obra en el *Times*; en el tono que yo deseaba, es decir: laudatorio, sin ninguna apariencia de «bombo». Recibí cartas de Stephen y de Adolphus; amables. Pero ninguno de ellos puede haber leído aun lo suficiente para formar juicio. Longman vino hoy, y me dijo que tenían que imprimir más ejemplares. El proponía cinco mil. Yo insistí en que no pasasen de dos mil.

18 de Diciembre.—Ha venido uno de los dependientes de Longman, diciendo que hay que reimprimir enseguida los dos primeros tomos de la *Historia*, porque durante los últimos días ha sido muy grande su venta (1). Escribí á *** y á *** sobre cuestiones de dinero. Me alegro de poder ayudarlos ahora eficazmente.

Domingo, 23 de Diciembre.—Más de Focio. Me hizo buscar á Lisias, y leí con el mayor deleite algunos de sus incomparables discursos—incomparables, se entiende, en su género, que no es el género supremo.—Son admirables: Scarlett hablando en el estilo de Addison.

Miércoles, 26 de Diciembre.—Leí el *De divinatione*, de Cicerón. El segundo libro es excelente. ¡Qué hombre era! ¡Pensar que el *De divinatione*, el *De fato* y el *De officiis*, hayan sido fruto de sus ocios durante los pocos meses que sobrevivió á César! Durante esos meses Cicerón fué jefe del Senado y hombre tan ocupado como el que más de la república. Los más hermosos

(1) La venta de los dos primeros tomos subió, desde 1.172 ejemplares en 1854-55, á 4.901 ejemplares en 1855-56.

de sus discursos senatoriales pertenecen á esa época (1).

Martes, 1.º de Enero de 1856.—Un nuevo año. En lo tocante á reputación, recursos y afectos domésticos, soy afortunado, sumamente afortunado. En todo eso no puedo pedir más; pero mi salud es muy mediana. Sin embargo, no paso penas. Mis facultades están intactas. Mi ánimo rara vez decae; y no me faltan esperanzas de reponerme. Leí varias cosillas del fondo de mis estantes: las *Reminiscencias de Byron* de Nathan; los *Poemas burlescos* de Colman; la *Carta de Strange* á lord Bute; la *Justificación* de Gibbon, y su respuesta á Warburton sobre el libro VI de la *Eneida*. Siguen lloviendo cartas y críticas. Prepondera mucho el elogio, pero con una buena mezcla de censura. Sin embargo, no veo ninguna señal de que estos tomos exciten menos interés que sus predecesores. Paca me dice que el último domingo se predicó en Brighton un sermón en loor y alabanza mía, y la gente de Londonderry parece muy gozosa.

Viernes, 4 de Enero.—Hoy di un almuerzo á Jowett:—Ellis, Ana, Margarita y Montagu Butler y Vaughan Hawkins, jóvenes *fellosos* de la Trinidad.—Una reunión agradable. Por lo menos, eso me pareció á mí. Después de tan largo silencio y soledad, me explayé á mis anchas. Se estuvieron hasta la una dada: una prueba bastante significativa de que lo pasaron bien. Recibí una carta de Guizot, llena de bondadosos elogios. Me hace una consulta sobre el sitio en que recibieron los lores á Carlos I el 29 de Mayo de 1660. Es raro que un extranjero se preocupe de tal minucia.

(1) Macaulay había leído últimamente el *De finibus*, de Cicerón. Siempre la tuve—dice—por la mejor de sus obras filosóficas, y aun soy del mismo parecer.

Fuí á la Institución real, y pronto encontré que los lores estaban en el salón de Whitehall.

Lunes, 7 de Enero.—Ayer y hoy he estado repasando mis Diarios de 1852 y 1853. ¡Qué extraño interés tienen! Ninguna lectura es tan deliciosa, tan fascinadora, como esa historia minuciosa de uno mismo. Recibí otro montón de críticas—alabanza y censura.—Pero poco importa. La victoria está ganada. El libro no ha defraudado las grandes esperanzas del público. El momento de peligro fué la primera quincena. Ahora todo está salvado.

Los hechos justificaron con exceso la confianza de Macaulay. El terreno que su libro ganó entonces no le ha perdido después nunca. «No estaré satisfecho (escribía en 1841) hasta que produzca algo que durante unos cuantos días suplante á la última novela de moda en las mesas de las jóvenes *ladies*.» Puede decirse, en honor de sus conciudadanos no menos que en el suyo, que la venta anual de su *Historia* ha superado á menudo desde 1857 á la de la novela de moda de cada año. Los libros de la casa Longman demuestran que, en un año ordinario, cuando no se hace nada para estimular el apetito público por la novedad de la forma ó la reducción del precio, la *Historia* se despacha á razón de setenta ejemplares completos por semana. Pero una estimación fundada sobre esta base daría una idea muy imperfecta de las proporciones en que se compra y lee la obra más importante de Macaulay, porque no se tendrían en cuenta los años en que se vendieron en pocos meses nuevas y extensas ediciones económicas. En 1858 se pusieron en circulación 12.024 ejemplares de un solo tomo de la *Historia*, y 22.925 ejemplares de un solo tomo en 1864. Durante los nueve años que terminan el 25 de Junio

de 1857 la casa Longman despachó 30.478 ejemplares del primer tomo de la *Historia*; 50.783 durante los nueve años que terminan en Junio de 1866; y 52.392 durante los nueve años que terminan en Junio de 1875. En el espacio de una generación, desde que vió la luz por primera vez, se han impreso y vendido, en el Reino Unido solamente, más de ciento cuarenta mil ejemplares de la *Historia*.

Pero la influencia de la obra y la fama del autor no se circunscribieron al Reino Unido. «He recibido una carta muy entusiasta de Everett (escribe Macaulay). Dice que jamás ha alcanzado tal venta ninguna obra en los Estados Unidos, á no ser (nótese la excepción) la Biblia y uno ó dos libros de escuela de uso universal. Así se lo han asegurado, dice, libreros de la mayor competencia». En el continente europeo, á los seis meses de haber aparecido el tercer y el cuarto tomo, el barón Tauchnitz había vendido cerca de diez mil ejemplares, «lo cual prueba (escribe Macaulay) que es muy grande el número de personas que leen inglés en Francia y en Alemania.»—«Hombre incomparable (dice de él el profesor Ranke), cuyas obras alcanzan una circulación europea, ó, más bien, universal, en proporción no igualada por ninguno de sus contemporáneos». Seis traductores rivales acometieron á la vez la empresa de poner la obra en alemán. La *Historia* se ha publicado en las lenguas polaca, danesa, sueca, italiana, francesa, holandesa, española, húngara, rusa, bohemia y está traduciéndose al persa en este instante.

Macaulay recibió frecuentes y lisonjeras muestras del respeto y admiración que se le profesaba en el extranjero. Fué nombrado individuo de las Academias de Utrecht, Munich y Turín. El rey de Prusia le nom-

bró caballero de la Orden del Mérito, á propuesta de la Real Academia de Ciencias de Berlín; y su nombramiento le fué comunicado en carta del barón de Humboldt, canciller de la Orden. Guizot le escribió participándole que le había propuesto para el Instituto de Francia. En un solo y mismo día de Febrero de 1853 recibió de París el anuncio oficial de su elección, y de Berlín las insignias de la Orden del Mérito.

En el siguiente Junio le fué conferido el grado de doctor en Derecho civil por la Universidad de Oxford, donde fué recibido entusiastamente por el público. En 1854 fué elegido presidente de la Institución Filosófica de Edimburgo, á la cual pudo conceder poco tiempo, aunque la Institución debe á su juicio y liberalidad algunas adiciones importantes de su valioso fondo de libros. Con más asiduidad asistió al Museo Británico. Acostumbraba trabajar en la biblioteca del rey, así por lo tranquila como por tener á mano la maravillosa colección de folletos de Jorge III, y se aprovechaba de su autoridad oficial para registrar á sus anchas los estantes, sin la intervención del bibliotecario. Una cuartilla de su *Historia*—el pasaje del capítulo XXV en que se cita á sir Hans Sloane como «fundador del magnífico museo que es una de las glorias de nuestro país»—se conserva en un gabinete de ese museo, que con justicia puede llamarse el sitio de honor. Dentro de esos estrechos límites se guardan una rara colección de objetos que los ingleses de todas clases y partidos miran con reverencia y orgullo. Allí puede verse el rápido bosquejo hecho por Nelson de la línea de batalla del Nilo, la hoja de papel en que Wellington calculó la fuerza de los regimientos de caballería que iban á combatir en Waterloo, el libro de memorias de Locke, el original de *Irene* de Samuel

Johnson, el de *Mascarada de Reinas* de Ben Jonson y el de la traducción de la *Iliada*, escrito, como Pope solía escribir, en márgenes de cartas y respaldos de sobres. Es curioso pensar cuáles hubiesen sido los sentimientos de Macaulay si cuando andaba versificando y haciendo castillos en el aire por entre las glorietas de Barley Wood, ó los laureles reales de Aspenden, ó los jardines de Cambridge, le hubieran dicho que, andando el tiempo, ocuparía un lugar en tan noble compañía.

CAPÍTULO X

1856-1858

Macaulay renuncia su puesto de representante por Edimburgo.—Se establece en Holly Lodge.—Su casa y su jardín.—Sus ideas sobre la hospitalidad.—*L'Almanach des Gourmands*.—Visitas.—Viajes continentales.—Chateaubriand.—Macaulay como hombre de negocios.—Su generosidad en cuestiones de dinero.—Su bondad para con sus parientes y los niños.—Galerías de pintura.—Macaulay como maestro.—Tributa un elogio á lord Palmerston.—Es nombrado par.—Cariño á su antigua Universidad.—Es elegido gran senescal del burgo de Cambridge.—Macaulay en la Cámara de los Lorés.—Política francesa.—La insurrección india.—La toma de Delhi y el socorro de Lucknow.—El profesor Owen y el Museo Británico.—Temporada de ocio.—El tomo V de la *Historia*.—Artículos de Macaulay en la *Enciclopedia Británica*.—Su costumbre de aprender de memoria.—Lenguas extranjeras.—Maneras de distraerse.—Las consecuencias de la celebridad.—Trozos del Diario de Macaulay.—Sus tendencias conservadoras en literatura.—Su afición á la teología y á la historia eclesiástica.—Su devoción por la literatura.

El primer pensamiento de Macaulay en 1856 fué retirarse del Parlamento. Se despidió de sus electores de Edimburgo en una carta que, como dice su sucesor en la representación de la ciudad, fué recibida con «verdadera pena». «La experiencia de los últimos años—escribe—me ha convencido de que nunca podré volver á cumplir, ni aun de una manera imperfecta, los deberes que el público tiene derecho á exigir de todo miembro de la Cámara de los Comunes. Ustedes han tenido conmigo una indulgencia que les